...¡Diez fuertes!

Capitán de Fragata
Eduardo Bucher Umlauff

En cierta ocasión fuimos un grupo de amigos a la playa Arica, al sur de la conocida playa Conchán - donde se ubica el Centro de Recreación de Tecnicos y Oficiales de Mar, CERTE-COMAR-. Doce hombres y ocho mujeres. Era la época de verano. La mayoría se puso a jugar vóley; otros, paleta. El mar estaba más movido que de costumbre (y de costumbre ya es movido).

Me encontraba echado en la arena, descansando luego del partido, cuando alguien gritó:

-¡Se están ahogando!...

Me incorporé y ví a tres nadadores detrás de la rompiente. Se movían en forma extraña, como si nadaran con los brazos hacia fuera del agua. Parecía que jugaban; aun así, consideré que estaban en aguas peligrosas.

Y sin pensarlo más decidí acercarme a ellos para alertarlos respecto al peligro en que se encontraban. Con ayuda de un par aletas me eché al agua. El ingreso, aparte de zambullirme al paso de las olas, fue fácil; la resaca era muy fuerte.

Para evitar el cansancio utilicé el *side strock*, estilo que permite una mejor respiración y evita el cansancio.

Luego de bracear por un lapso, después de lo cual debía estar ya cerca de los bañistas, y subsecuentemente haber traspuesto la rompiente, me dispuse a ubicarlos; lo que no era fácil por la espuma y la chupina que levantaba el viento. Encontré a uno que aún seguía braceando en forma desordenada, un modo propio de la inconsciencia y la desesperación. Busqué con la vista a los otros dos, infructuosamente. Ya no estaban en la superficie. Fue recién en ese mometo que tomé consciencia de la empresa en que me hallaba empeñado. Había muerte a mi alrededor y una vida bajo mi

responsabilidad.

A quien debía socorrer era un hombre de aproximadamente 30 años, de unos 80 kilos de peso, pelo ondulado que escaseaba en esa cabeza ya confundida y lista para el abandono.

La única experiencia de salvataje que yo tenía era el haber visto un documental en el auditorio de cadetes y que nos pasaron en algún año, durante nuestra vida en la Escuela Naval.

Pasé mi mano izquierda por el cuello del auxiliado, con el pulgar a un lado y los otros cuatro dedos al lado opuesto de su garganta. Tenía el brazo derecho libre para nadar. Eso fue todo, y ya estaba bajo mi responsabilidad aquel hombre laxo que emitía sonidos guturales y botaba burbujas por la boca. De sus dos compañeros no se supo más.

Inicié la aproximación hacia la playa. Con cierta rapidez alcanzamos la línea de la rompiente, en donde recién habría de empezar el problema. La primera ola que nos pasó por encima lo hundió tras quitármelo de las manos. Tuve que bucear a tientas entre espumas y arena. Lo ubiqué pronto, pero me ocasionó tanto cansancio el sumergirme sin aire, que me dije: "En la próxima, lo dejo"... Y seguí nadando hacia la playa. Me sentía solo. En ningún momento pensé en los dieciocho amigos, y mi novia, que, seguramente, quería ingresar a ayudar... No los veía, no los escuchaba... Nadaba sólo hacia la orilla, sin pensar en otra cosa mas que en alcanzarla. Otra ola, que reventaba, nos alcanzó y volvió a hundir al auxiliado. Repetí la acción anterior: bucear, encontrarlo, llevarlo a la superficie... Sin aire, cansado, me dije nuevamente: "En la próxima lo dejo"... Decidí tomarlo de los cabellos y remorcarlo así...

Seguía nadando hasta que consideré que ya estaba lo suficientemente cerca a la orilla. Extendí las piernas buscando fondo y lo sentí. Eso me dio ánimo para seguir. Ya estaba utilizando las últimas reservas del físico. Nadé fuerte en busca decidida del piso; me paré sosteniéndolo de la cabeza con ambas manos... La resaca nos llevó nuevamente mar adentro, hacia las olas.

Ya no tenía fuerzas, pero tampoco podía soltar los escasos cabellos que tenía entre los dedos y dejarlo ir. No me lo hubiera perdonado.

Recordé entonces cuando, en el mes de adoctrinamiento, el cadete Castro, punteño, nos llevaba a bogar en falúa, y al avistar a sus novias en Cantolao, nos hacía remar con tal fuerza que quedábamos exhaustos... Y al estar próximos a la meta, con otra falúa alcanzándonos, nos exigía:

-"...¡Si nos ganan, los arresto!... !!Diez fuertes!!.."

Y teníamos que remar esas "diez últimas" utilizando lo último de energía que nos quedaba

Habiendo tocado el piso, y habiéndolo perdido luego, sin fuerzas para nada ya, me dije: "¡veinte fuertes!!

Luego de eso te mueres, pero antes no".

Tomé aire y conté las veinte brazadas fuertes... Luego me incorporé, toqué piso y pude mantenerme en pie, llevando a mi compañero a la orilla.

Cuando tenía el agua a la altura de la rodilla dos salvavidas me ayudaron, llevándose a N.N. vivo.

Los periódicos del día siguiente titulaban: "Mueren dos y Salvavidas rescatan a uno".

Nunca supe quién fue mi compañero de aventura, ni él sabrá quién lo salvó, ni por qué le dolía tanto el cuero cabelludo.

Lo que sí sé es que la Marina me enseñó que cuando es necesario hay que entregar esa fuerza, siempre remanente... Esos "¡¡Diez fuertes!!!... Esas "¡diez últimas!, que cuando era estudiante no entendía.

Ahora sí lo entiendo. ¡Gracias, cadete Castro!.

